

## **Feminismo y deconstrucción: Aportaciones mutuas**

MARIA D. COSTA

*Department of Spanish and Portuguese  
University of Massachusetts at Amherst*

---

Hoy día estamos en un período transicional en el que las estructuras tradicionales se están rompiendo, y el feminismo y la deconstrucción son dos martillos que se utilizan con el mismo fin de despedazar lo establecido. Alice Jardine los define como "elementos altamente politizados de sistemas interpretativos que recaen sobre cuestiones textuales estrechas, y sobre las cuestiones más difíciles con las cuales nos enfrentamos hoy día" (106).<sup>1</sup> Lo de "altamente politizados" se aplica sobre todo al feminismo y "sistemas interpretativos" describe más a la deconstrucción, pero no por eso deja de ser la deconstrucción una teoría con connotaciones políticas, mientras que el feminismo es también un acercamiento interpretativo. La interpretación nos lleva a conocer lo que ha sido, mientras que la política debería mirar hacia lo que ha de ser.

### **A. LA DECONSTRUCCION DEL FEMINISMO**

Lo que el feminismo está haciendo —o lo que querría hacer, en todo caso— es deconstruir el centro de poder occidental, deconstruir el discurso masculino. El proyecto inicial no es tan diferente al de la deconstrucción; según Jonathan Culler, la crítica deconstructiva busca

---

1. Para facilitar la lectura, he tomado la libertad de traducir toda cita en idioma extranjero.

revelar lo que queda enterrado y excluido dentro de nuestras unidades, coherencias y totalidades (247). Lo que el feminismo añade a este proyecto es el género: nos dice simplemente que la tradición, además de ser todo lo que es, es masculina.

Tanto la deconstrucción como el feminismo se pueden ver como movimientos negativos —que buscan interrumpir el esquema histórico dominante (Culler 248), que a base de un entendimiento del "error" quieren animar su pensamiento crítico (Culler 273). Dice Julia Kristeva, que el papel del feminismo es el de resistencia, de rechazo de todo lo "finito, definido, estructurado y cargado de significado" (Jones 363). Las teorías francesas recomiendan una "escritura femenina" —literatura más crítica— que se alinee con todo lo que en la cultura está silenciado y no representado, y con esto lo que pretenden es socavar el sistema existente que reprime la diferencia, es decir, lo femenino (Showalter, "The Feminist Critical Revolution" 9). Si el pensamiento occidental se ha basado en la represión sistemática de la experiencia femenina, la actitud que debería tomar la mujer es la de deconstruir el lenguaje, la filosofía y las prácticas sociales que se han dirigido en contra de ella (Jones 361).

El feminismo debería constituirse como un desafío y un cuestionamiento incesante del pensamiento masculinista. Este proyecto está delineado para el feminismo desde afuera: es precisamente de la tradición patriarcal de donde nace el feminismo. "Does not the dream itself prove that what is dreamt of must be there in order for it to provide the dream?" (Derrida 76). De la misma manera que la mujer está implicada como "otra" dentro del patriarcado, el feminismo ya estaba implicado dentro del pensamiento falocéntrico. El feminismo nace, entonces, como negación dentro de un sistema, y se constituye como negación de ese sistema. Tiene que alzarse por encima de esta mera inversión si quiere lograr un nuevo diálogo.

El grupo dominante de la sociedad se ha apoderado del lenguaje para establecer y mantener su posición de superioridad. El lenguaje es, por lo tanto, necesariamente falocéntrico, ya que no sólo se apoya el dominio de lo masculino mediante el lenguaje, sino que el mismo uso de este lenguaje funda este dominio. Para una feminista, es ésta una teoría difícil de aceptar, porque condenaría a la mujer a un silencio perpetuo, porque la participación en el discurso es participar del lenguaje del dominio —es decir, en la anulación de lo diferente (la mujer). A la feminista parece quedarle la opción de enunciar lo que por tanto tiempo se ha silenciado, y así participar del mismo sistema que la silenció, o quedarse muda, lo cual sigue siendo el objetivo princi-

pal del opresor. El dilema no se puede resolver de forma ventajosa para la mujer.

Lo cierto es que casi todo lo que la mujer sabe, hasta de sí misma, le viene filtrado por una lente masculina. Cuando la mujer participa en el diálogo racional, necesariamente se excluye a sí misma como mujer. La conciencia de la mujer es una conciencia dividida. La misma oposición que es tan central al sistema patriarcal se repite dentro de ella de una forma que le es ajena al hombre. Por un lado, la mujer es hija de la tradición masculina, y por otro lado, es la otra, la no-tradición. Su compromiso con la tradición es aceptar su marginalidad y no cuestionar al sistema. Su compromiso por estar excluida es oponerse y afirmarse, lograr un nuevo discurso, una nueva conciencia que afirme su diferencia. Este es el propósito fundamental del feminismo —articular la conciencia dividida y la diferencia para lograr sobrepasarlas.

Llevar la diferencia dentro de una misma no es una debilidad, sino todo lo contrario: puede constituir la mayor fuerza de la mujer. La auténtica debilidad procede de la represión de la diferencia. La mujer conoce la enajenación por ser hábito, y conoce el papel del sujeto universal, porque su existencia como persona se lo requiere (Wittig 66). Si algo le puede aportar el feminismo al hombre es la misma posibilidad de desdoblarse como sujeto y objeto que ha tenido la mujer.

Entre las feministas es común hablar de la necesidad de formar un nuevo lenguaje. Cuando la mujer habla bajo los controles del lenguaje falocéntrico, hablará como otra, como extranjera. Su discurso estará manipulado por el grupo dominante. La ironía está en que todo esto no deja de ser también discurso manipulado. Por eso, Julia Kristeva dice que, si la mujer no puede articularse sin participar del discurso falocéntrico, debería limitarse a desafiar e interrumpir el discurso existente (Jones 363). Pero el feminismo está comprometido a luchar contra limitaciones, y, llevada a sus últimas consecuencias, la postura de Kristeva carece de consecuencias —viene a ser un desafío por el mero desafío, sin compromisos mayores, una rebeldía carente de causa.

El discurso masculino también depende de la presencia de la mujer como "otra". El significado del lenguaje está construido a base de la oposición, de la colocación de los significantes y de la relación entre ellos. Sin estas "diferencias", se imposibilita la comunicación. Todo el lenguaje está construido mediante una organización binaria que refleja la oposición sexual. Las parejas binarias —y es curiosísima la palabra "pareja" en este contexto— ya contienen una valorización de un término por encima del otro. Esta valorización da valor al término

primero como supremo, y al segundo como elemento que le da valor al otro.

La misma seguridad con la que el hombre formula su discurso racional, su logos, su verdad, depende íntimamente de la existencia de algo que no es él. El hombre, como texto, tiene que exponer lo mismo que niega para poder existir (Barrett 33). La mujer ya está constituida dentro del discurso, aunque esté constituida como otra, como diferencia.

No hay que entender esta diferencia como una oposición natural —lo cual iría en contra de los postulados de las dos posiciones teóricas aquí estudiadas— sino como lo que ha sido reprimido (Marks 836). El hombre busca certeza, busca un centro coherente. Para satisfacer este anhelo, le es necesario reprimir la diferencia y la muerte. La mujer siempre ha estado por el lado del término que se ha reprimido: lo ausente, lo diferente, lo no reconocido, lo alienado (Marks 841).

La mujer nunca está realmente ausente, sino invisible, silenciada, invalidada. Desde el discurso falocéntrico, el hombre es el sujeto que se constituye como tal mediante la creación del objeto —lo otro, la mujer. La mujer, siendo objeto, se estaría preguntando por sí misma si asumiera el papel de sujeto, lo cual es imposible (Feldman 21). Tendría que, o dejar de ser el objeto, que sería dejar de ser ella misma, o nunca pretender ser sujeto, lo cual significaría la prolongación perpetua de su silencio.

Alexander Argyros dice que la mujer que se afirme siempre temerá ser fálica, y por lo tanto, no la negación del orden anterior, sino otro trazo más de ese orden (31). La afirmación de la mujer tendrá que proceder de una fuente no-fálica si quiere afirmarse como mujer, pues si no caerá en el enredo de negarse a la vez que se afirme. La función positiva del feminismo es la de crear un lenguaje no-fálico, un lenguaje femenino. La conclusión inescapable es que existe la necesidad de un cambio, de forjar algo nuevo si se quiere evitar la repetición de esquemas tradicionales que siempre nos llevarán a los mismos errores.

Las implicaciones de las oposiciones sujeto/objeto, presente/invisible, patriarcado/feminismo son interminables e interesantísimas. Cuando el hombre se hace sujeto, proclama su universalidad, con lo cual excluye a la mujer; pero sin este universalismo androcéntrico no existiría el feminismo, y sin el feminismo, se mantendría para siempre la exclusión de la mujer.

Basándose en el discurso masculino —aunque sea como negación— el feminismo se mantiene sujeto a la interpretación masculina del mundo, lo cual no le puede ser útil para lograr sus metas, porque la interpretación masculina es la que le sirve al hombre para formarse como sujeto. La mujer tendría que romper los vínculos con el hombre y constituirse ella misma como centro, con lo cual estaría reprimiendo el error masculino.

Para salir de este laberinto, tiene que haber una manera de añadir lo femenino, de multiplicar los puntos de contacto, de incrementar las relaciones, las diferencias —las incongruencias, si se quiere. Hay que inventar términos nuevos para no quedarse atrapada en parejas binarias. El feminismo tiene que mantener su contacto con el masculinismo, sin eliminarlo, para no convertirse en otro masculinismo, y así se mantendrá la diferencia, y los dos podrán devenir otra cosa todavía no soñada, pero ya presente de alguna manera. Es esto también el proyecto de la deconstrucción, según Barbara Johnson. “La deconstrucción opone y redefine; invierte una oposición y reelabora los términos de esa oposición para que lo que antes se entendía con ellos ya no sea manejable” (13). Si la deconstrucción y el feminismo se mueven hacia este mismo fin, podrán ayudarse, y no molestarse, mutuamente.

¿Cómo puede ser el lenguaje tanto el instrumento de represión de la mujer como el de expresión de la mujer? Para muchas feministas, la solución del dilema está en que la mujer se constituye como resistencia a los términos masculinos, pero la resistencia tiene que ir más allá de una mera inversión: con decir lo opuesto se sigue hablando de la misma cosa. Lo mismo que el prefijo “de-” para la deconstrucción, el prefijo “re-” cobra una importancia elevada para el feminismo. La resistencia de la mujer será a base de las funciones que enumera Sandra M. Gilbert: de re-hacer la historia, de revisar, re-imaginar, re-escribir y re-interpretar el texto planteado —la tradición masculina (32). Los resultados de esta aproximación tendrán que ser otra cosa que el discurso masculino, o que la mujer definida desde este discurso como “otra”.

No se puede salir de la maraña fácilmente, porque el feminismo tampoco deja de ser un discurso teórico, lo cual nos deja con el problema de cómo se puede ser feminista y (necesariamente) falocéntrica a la vez. Según Derrida, a la mujer le es necesario preservar ciertos postulados en el presente que luego tendrá que cuestionar por pertenecer al sistema dominante (70). Esto evita el quedarse paralizada ante el dilema, pero el feminismo tiene que dedicarse a deconstruirse —y

reconstruirse— en cada momento. Según sus propios postulados, no puede quedarse nunca en un punto final. En la práctica, el feminismo siempre debe devenir “otro”.

Muchas feministas hablan de una escritura femenina —“l'écriture féminine”— como un instrumento para llevar a cabo esta revisión que se proponen. Según Elaine Showalter, la escritura femenina socava las convenciones lingüísticas, sintácticas y metafísicas de la narrativa occidental. Para ella, la escritura femenina es la escritura subversiva (“The Feminist Critical Revolution” 9). En otras palabras, la misión de lo femenino en la literatura es deconstruir. Hay que tener en cuenta que no es necesario ser mujer para producir “l'écriture féminine”.

Luce Irigaray dice que para descentrar al lenguaje del falo hay que hablar a través de alusiones, adivinanzas, sugerencias y parábolas (Martindale 18). Hablar se puede de muchas maneras, pero ¿habrá comunicación sin ajustarnos a sistemas de autoridad?

Si el discurso masculino se ha forjado silenciando la diferencia, parece lógico que el feminismo tiene que recobrar esa diferencia y articularla. La diferencia se mantiene, pero ahora es otra cosa, porque se le da voz y cuerpo; no es lo negado dentro del sistema feminista, sino lo que se afirma. El problema es encontrar un discurso posible que no dependa de un falo —de un significado primario: todo parece estar marcado por el signo masculino. El problema no es irresoluble, porque el feminismo no pretende silenciar lo masculino, lo cual sería una repetición de términos patriarcales. Un discurso nuevo no silenciaría ni lo masculino ni lo femenino. El feminismo debe ser siempre expansión, y nunca limitación; debe incluir lo excluido sin excluir nada.

Tanto el feminismo como la deconstrucción tienen que poseer y celebrar la diferencia. Tienen que deshacerse ellos mismos mientras reintegran al otro (Martindale 16). Si se puede mantener la multiplicidad dentro de un ser, el feminismo y la deconstrucción evitarán el error de crearse un sujeto único —el fallo central del sistema patriarcal-occidental. Con las nuevas aportaciones de las dos escuelas teóricas, las viejas interpretaciones ya no podrán mantenerse incambiables. Para ser necesarios, el feminismo y la deconstrucción tienen que producir nuevas aperturas hacia nuevas posibilidades; tienen que revelar la diferencia. De esta manera se superará la tradición y se le dará voz al silencio. Ninguna de las dos posturas tiene que dar una respuesta concreta; la resolución puede quedarse abierta en una pregunta.

## B. LA FEMINIZACION DE LA DECONSTRUCCION

Hay una divergencia entre la deconstrucción y el feminismo en cuanto al proyecto político que anuncian. Para la deconstrucción, no hay una preocupación política que vaya más lejos de la pregunta actual —es decir, en el momento en que se sitúa el deconstructor. No es éste el caso del feminismo, ya que para la feminista, los puntos donde se encuentra la diferencia son también puntos de poder y el poder lleva consigo la opresión y la violencia. Ante este planteamiento, es imposible para una feminista mantenerse políticamente neutral. Si hay alguna crítica que el feminismo lanzaría contra la deconstrucción, sería su incapacidad de teorizar —hasta ahora— una postura de resistencia o de desafío político (Barrett 35). La palabra “resistencia” cobra distintas repercusiones en el contexto de las recientes revelaciones de la política personal de Paul De Man.

La deconstrucción a secas deja la impresión de que se está jugando un juego intelectual, pero sin ningún propósito, sin ninguna meta. Al final siempre quedará la pregunta, “¿Y ahora qué?” Lo que no le falta al feminismo es el trasfondo constante de una razón de ser. La feminista está comprometida por definición.

Las mujeres tienen... la energía prestada de las técnicas masculinas para desmitificar y deconstruir, pero también tienen a dónde ir, a un lugar desconocido, el lugar de las mujeres desde donde pueden empezar a escribir. (Marks 835).

La palabra clave de esta declaración es “desconocido”. Sería contraproducente para el feminismo reducirse a metas específicas, que sólo significarían exclusiones de otras posibilidades, cuando la base del feminismo es contraponerse a la exclusión, dejar presentarse y expresarse a lo excluido. El problema político para una deconstrutora feminista es cómo ir del “texto” al mundo.

Lo que no se puede alegar es que la deconstrucción no sirva como arma política en manos de cualquier crítico comprometido —no sólo de las feministas. Como Jonathan Culler ha señalado, de las lecturas deconstruccionistas se han derivado lecciones amplias (279) que necesariamente tocarán temas exteriores a los textos estudiados en cada caso. El simple hecho de que exista una escuela deconstruccionista es de por sí un hecho político.

Cualquier estrategia interpretativa, según Annette Kolodny, es algo aprendido e históricamente determinado, y, por lo tanto, tiene género (47). No hay duda de que la deconstrucción esté históricamente

determinada. ¿Sería posible, asequible, necesaria, aplicable o relevante la deconstrucción en cualquier otra época histórica? ¿No es la deconstrucción la expresión consumada del hombre —y aquí se usa la palabra “hombre” con conciencia de sus limitaciones —del pleno siglo veinte? En cuanto a ser “aprendida”, basta con señalar su dependencia hacia la figura del maestro, de la voz autoritaria, de la cual no ha podido desarraigarse, por mucho que quisiese. ¿Quién se atreve a ser deconstrutor sin apelar a Derrida o a De Man? Una escuela de deconstrucción sólo puede existir apoyándose en los términos falocéntricos de unidad, verdad, totalidad —de la exclusión de lo otro.

Para muchas críticas feministas, seguir un método crítico es participar en el juego intelectual del patriarcado, y sólo servirá para poner límites a lo que podrá ser cuestionado y discutido (Showalter, “Toward a Feminist Poetics” 127). Este temor a limitar las preguntas posibles es común a la deconstrucción también, o debería serlo, como dice Barbara Johnson, en su estudio, “The Fate of Deconstruction”. “Cualquier discurso que esté basado en cuestionar los límites no puede dejar de cuestionar los suyos propios” (14). Bajo esta categoría habría que poner tanto al feminismo como a la deconstrucción.

También como método de aproximarse al texto, la deconstrucción, ha creado una oposición binaria entre una crítica “alta” —“fuerte”— y otra “baja”. Esta polaridad es inevitable siempre que uno abraza cierta filosofía del texto, pero es también inconsistente con las pretensiones de la deconstrucción. Para disolver esta oposición, los deconstructores tendrían que admitir la crítica tantas veces lanzada contra ellos de que cualquier lectura es válida. El feminismo evita esta contradicción al ensalzar la “autoridad de la experiencia”, pero al hacer esto le otorga validez a la experiencia masculina y patriarcal.

La distinción política entre el feminismo y la deconstrucción se reduce a que el feminismo admite estar sumergido en la política, mientras que la deconstrucción, o lo niega, o no se lo plantea directamente —no acepta que la interpretación sea de por sí un acto político. Quizás el feminismo le podría aportar a la deconstrucción su atención más fija y concentrada al bagaje autobiográfico (cultural, social, político, y personal) que se acarrea a la lectura de cualquier texto.

### C. UNION DE PERSPECTIVAS

Siendo feminista y deconstructora, cómo se puede valorizar a la experiencia personal, tan central al feminismo por ser fundamento de

“lo femenino”? La “experiencia personal” sería un texto tan sospechoso como cualquier otro texto, y sólo llevaría a un nuevo análisis de otras diferencias y oposiciones, lo cual no supone una divergencia del plan feminista. Para Barbara Johnson, este análisis de lo personal está implícito en una lectura deconstructiva, y llevará a una lectura más rica. “Leer un texto fuera de las condiciones y las escrituras históricas y biográficas que participaron en su intertexto es limitar a priori los tipos de preguntas que se podrían hacer” (14). Las conclusiones de su postura son que la inclusión de lo personal enriquecerá a la deconstrucción, y que la deconstrucción de lo personal enriquecerá al feminismo. La experiencia, como algo intangible, se enfrenta al realismo de la tradición masculina. Según Johnson, la experiencia personal se ha devaluado precisamente por considerarse femenina (44). Por eso precisamente hay que recobrarla.

El feminismo no puede descartar la centralidad de la experiencia personal por su planteamiento como una teoría práctica —una teoría que tiene que mantener la conexión entre el tratamiento literario de la mujer y su tratamiento social (Showalter, “The Feminist Critical Revolution” 5). A la vez, cae en la misma clase de contradicción que la deconstrucción, porque al valorizar la experiencia personal, tendría que otorgarle validez a toda experiencia por igual. No podría haber una experiencia más auténtica. Definir la experiencia sería reducirla.

A las feministas les gustaría creer, como declara Elaine Showalter, que la crítica feminista es distinta de las demás escuelas críticas contemporáneas en no recurrir a una sola figura autoritaria o a un cuerpo de textos sagrados (“The Feminist Critical Revolution” 4). La realidad es que hay que admitir que en el feminismo hay una pluralidad bastante amplia de voces autoritarias y habría que preguntarse si se escuchan ciertas voces más que otras. ¿Por qué seguimos tropezando con los mismos nombres en los estudios feministas?

También hay el problema de que es difícil para mujeres tan comprometidas social y políticamente no caer en un mesianismo o un prescriptivismo, lo cual es antitético al programa inicial del feminismo. Lo que no puede hacer el feminismo, si es fiel a sus presupuestos, es excluir la voz masculina, o excluir a ciertas voces femeninas, para privilegiar a otras. Otorgarse una autoridad o una universalidad es contrario al programa feminista.

Una paradoja final: en castellano “el feminismo” es una palabra masculina, mientras que “la deconstrucción” es de género femenino. Quizás sea esto una indicación de las aportaciones posibles entre las dos teorías críticas.

## OBRAS CITADAS

- ARGYROS, Alexander. "Daughters of the Desert". *Diacritics* 10.3 (Fall 1980): 27-35.
- BARRETT, Michele. "The Concept of 'Difference' ". *Feminist Review*. July 1987: 29-41.
- CULLER, Jonathan. *On Deconstruction: Theory and Criticism After Structuralism*. Ithaca, NY: Cornell University Press, 1982.
- DERRIDA, Jacques and Christie V. McDONALD. "Choreographies". *Diacritics* 12.2 (Summer 1982): 66-76.
- FELDMAN, Shoshana. "Rereading Femininity". *Yale French Studies* 62 (1981): 19-44.
- GILBERT, Sandra M. "What Do Feminist Critics Want?: A Postcard from the Volcano". *The New Feminist Criticism: Essays on Women, Literature and Theory*. Ed. Elaine Showalter. NY: Pantheon Books, 1985. 29-45.
- JARDINE, Alice. "Opaque Texts and Transparent Contexts". *The Poetics of Gender*. Ed. Nancy K. Miller. NY: Columbia University Press, 1986. 96-116.
- JOHNSON, Barbara. "The Fate of Deconstruction". *A World of Difference*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1987. 11-46.
- JONES, Ann Rosalind. "Writing the Body: Toward an Understanding of l'Écriture Féminine". *The New Feminist Criticism: Essays on Women, Literature and Theory*. Ed. Elaine Showalter. NY: Pantheon Books, 1985. 361-77.
- KOLODNY, Annette. "A Map for Rereading: Gender and Interpretation of Literary Texts". *The New Feminist Criticism: Essays on Women, Literature and Theory*. Ed. Elaine Showalter. NY: Pantheon Books, 1985. 46-62.
- MARKS, Elaine. "Women and Literature in France". *Signs* 3.4 (Summer 1978): 832-42.
- MARTINDALE, Kathleen. "On the Ethics of 'Voice' in Feminist Literary Criticism". *Resources for Feminist Research* 17 (1988): 16-9.
- SHOWALTER, Elaine. "The Feminist Critical Revolution". *The New Feminist Criticism: Essays on Women, Literature and Theory*. NY: Pantheon Books, 1985. 3-17.
- . "Toward a Feminist Poetics". *The New Feminist Criticism: Essays on Women, Literature and Theory*. NY: Pantheon Books, 1985. 125-43.
- WITTIG, Monique. "The Mark of Gender". *The Poetics of Gender*. Ed. Nancy K. Miller. NY: Columbia University Press, 1986. 63-73.